

Discusiones en torno a la pobreza y el campesinado

Mónica Guadalupe Chávez Elorza*

Boltvinik, Julio & Susan Archer Mann (2016),
*Peasant Poverty and Persistence
in the 21st Century. Theories, Debates,
Realities and Policies*,
Londres, CROP/ZED, 430 p.

Desde una perspectiva crítica de la economía política marxista, el libro editado por Julio Boltvinik y Susan Archer Mann, *Peasant Poverty and Persistence in the 21st Century. Theories, Debates, Realities and Policies*, reúne 12 textos, cuyo objetivo central es responder a tres preguntas sobre la relación entre la pobreza y el campesinado: 1) ¿por qué los campesinos se han mantenido como una forma no capitalista de la producción, cuando otras áreas de producción no capitalistas han desaparecido?; 2) ¿por qué la inmensa mayoría de los campesinos es pobre?; 3) ¿cómo se relacionan estas dos interrogantes?

Resalta la particularidad del libro, desde su integración, contenido y surgimiento, en tanto que es el resultado del Seminario Internacional sobre Pobreza y Persistencia Campesina e inicia la discusión con un texto de Julio Boltvinik (capítulo I). Asimismo, es conveniente subrayar que el libro da cabida a distintos puntos de vista que permiten conocer un amplio panorama del tema en cuestión.

* Docente investigadora de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

El contenido se estructura en tres secciones. La primera se constituye por un prefacio de Meghnad Desai y la introducción general del libro a cargo de los editores. En la segunda aparecen los artículos expuestos en el seminario, los cuales se organizan en cuatro subsecciones: 1) «Perspectivas teóricas de la pobreza y persistencia campesina» engloba los capítulos 1 a 4; 2) «Perspectivas teóricas y empíricas» comprende los capítulos 5 y 6; 3) «Medio ambiente, crisis alimentaria y campesinos» se conforma con los capítulos 7, 8 y 9; 4) «Política, autoconfianza y pobreza campesina» contiene los capítulos 10 y 11. Finalmente, en la tercera sección Boltvinik contesta a las críticas del capítulo 1, presenta los debates pendientes y resume de manera ágil las respuestas de los distintos autores sobre las preguntas planteadas en un inicio. A continuación se expone de modo sucinto el contenido de cada uno de los once capítulos.

Julio Boltvinik abre el debate concerniente a los aspectos que ayudan a analizar la existencia de los campesinos y su condición de pobreza. Su tesis se centra en la «naturaleza discontinua del insumo trabajo requerido durante el proceso de producción agrícola», dado que éste es el factor principal que explica la condición de pobreza del campesinado y su persistencia. En otras palabras, el campesinado asume el costo del tiempo muerto entre la siembra y la cosecha sin cobrar por él, lo que provoca que los precios agrícolas sean más bajos de lo que deberían, circunstancia que a su vez hace que el campesinado sea estructuralmente benéfico para el capitalismo. Añade que la persistencia no sólo es funcional sino indispensable para la existencia de las empresas capitalistas agrícolas.

En términos teóricos, Boltvinik insiste en la necesidad de incorporar una tercera ecuación en la teoría del valor propuesta por Marx, que contemple la discontinuidad del tiempo requerido en la producción agrícola,

con lo que se podría avanzar hacia lo que denomina «teoría general del valor» para distinguirla de la teoría original de Marx. Considera que la solución se centra en aplicar una política de subsidios dirigidos a la producción agrícola. De tales proposiciones se desprenden debates específicos con Armando Bartra (capítulo 2), Luis Arizmendi (capítulo 4) y Henry Bernstein (capítulo 5).

Las proposiciones de Armando Bartra, en el capítulo 2, se enfocan en que es más pertinente hablar de «las causas de la explotación del campesinado en lugar de las causas de la pobreza». Esto es, que el campesino es explotado cuando vende su producto por menos de lo que vale, pero también lo es al pagar tasas de interés exorbitantes, comprar insumos sobrevalorados y emplearse por periodos cortos con salarios de subsistencia. Asimismo, la existencia de diferenciación en rentas, dado que los campesinos no determinan los precios, les impide generar ganancias e inclusive les hace operar con pérdidas. Por tanto, Bartra plantea una diversificación de la agricultura y el cultivo de granos o el latifundio, en lugar de subsidios.

En el capítulo 3, Gordon Welty, Susan Martin, James Dickinson y Emily Blumenfeld, utilizan la tesis Mann-Dickinson para analizar, desde el punto de vista del trabajo, la incongruencia del tiempo de producción y el tiempo de trabajo, los cuales obstaculizan las relaciones de producción capitalistas en la agricultura. Consideran la reproducción del trabajo a partir de una perspectiva de género; enfatizan el trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares campesinos y proletarios. Advierten que un análisis histórico y específico a un bien es siempre preferible en comparación a un esquema explicativo sustentado en elementos ontológicos; es el caso de los argumentos contrastantes de Boltvinik sobre industria y agricultura. También indican que los salarios reflejan desigualdades mayores

asociadas con la composición demográfica de la fuerza de trabajo, tales como edad, raza, etnicidad y género. Al respecto, exponen que las sociedades se basan en tres procesos de producción interconectados: producción de medios de subsistencia, medios de producción y producción de fuerza de trabajo. En esta última, el trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares absorbe los costos de producir y reproducir la fuerza de trabajo que el capitalismo por sí mismo es incapaz de generar, y lo hace de manera que no es reconocido. De hecho, subrayan que los estudios agrarios actuales continúan recurriendo al trabajo de Chayanov, el cual soslaya la perspectiva de género. Pese a ello, es de suma relevancia la presencia de las mujeres en el trabajo agrícola: tan sólo en los países en vías de desarrollo constituyen 40 por ciento de la fuerza de trabajo. Por último, reconocen que la subcontratación, el trabajo informal, la migración, el trabajo temporal, entre otros, propician la existencia de un ejército laboral de reserva; en tanto que los subsidios representan una solución viable de la pobreza campesina.

Luis Arizmendi, en el capítulo 4, menciona que la humanidad se encuentra frente a la «mundialización de la pobreza» con más de 1.33 billones de personas mal nutridas en 2012. La idea de que el progreso asume la pobreza del campesinado como consecuencia de las formas de producción pre capitalistas es errónea, pues no reconoce que su causa es más bien efecto del dominio del capitalista sobre el trabajo campesino.

Su argumentación primordial enuncia que lo que existe es «una violación a la ley del valor». Esto ocurre cuando en el mercado se consuma la explotación de los campesinos, ya que no se transfiere únicamente plusvalía a través de intercambios desiguales, sino que se expropia el valor del fondo salarial de consumo. Arizmendi apunta que las soluciones posibles se deben basar en estrategias de resistencia agroecológicas y en la promoción de la soberanía

alimentaria con proyectos de cultivos mixtos, dentro de un esquema estratégico de desarrollo nacional y respetando la soberanía indígena.

Por su parte, en el capítulo 5, Henry Bernstein cuestiona los tres elementos esenciales del argumento de Boltvinik —el contraste sistemático de las condiciones de producción entre la agricultura y la industria, la diferencia entre la agricultura de los capitalistas y de los campesinos, y la propuesta política de subsidios como solución— para mostrar algunos problemas inherentes como el alto grado de abstracción y la generalización de la persistencia de la pobreza rural. Propone entonces centrarse en aspectos que hagan posible analizar «el desarrollo de la agricultura en la sociedad capitalista» desde una visión histórica. Para ello, examina la distinción entre *«farming»* y *«agriculture»*, dado que el cambio de terminología siguió los fines y la lógica del capitalismo; así, las nociones de «agricultura» y de «sector agrícola» articulan no sólo la división social del trabajo, sino que funcionan como objeto de políticas y de política.

Con la finalidad de comprender la evolución del campesinado, Bernstein propone cinco tesis teóricas que permiten cuestionar si deben ser considerados campesinos o agricultores, o trabajadores pertenecientes a las «clases de trabajo» en el tercer mundo. En adición, sugiere la existencia de una «fuerza de trabajo rural que va más allá de la agrícola» y que comprende a los trabajadores rurales proletarios y a los agricultores marginales o aquellos que son demasiado pobres para dedicarse a la agricultura como medio de vida y de reproducción. Esto implica dilucidar quiénes son los campesinos, quiénes son rurales y quiénes son pobres. Es necesario, además, considerar «condiciones más generales de existencia y de lucha de reproducción de las clases de trabajo (fragmentadas)» en el contexto del neoliberalismo globalizado.

Bernstein aclara que más que «persistencia» del campesinado se trata de un «cambio»: «el desarrollo de las fuerzas productivas», de la productividad del trabajo en la agricultura. Como alternativas alude al acceso y cultivo de parcelas de subsistencia, las cuales pueden aumentar el precio de reserva de la fuerza de trabajo, lo que daría cierta flexibilidad a los pobres rurales en la venta de su fuerza de trabajo. Puntualiza que los ahorros derivados de la migración laboral pueden ser invertidos con el propósito de mejorar la producción de la granja de pequeña escala como medio de reproducción o medio de vida.

Araceli Damián y Edith Pacheco proveen evidencia empírica de las características socioeconómicas del campesinado mexicano durante el periodo 1991-2003 en el capítulo 6. En particular, la urbanización de la población, dado que en 1910 71 por ciento de la población vivía en una zona rural y en 2010 el porcentaje era de 23.3 por ciento. Se precisa que la crisis de 1982 y la adopción del modelo neoliberal exacerbaron la disminución del sector agrícola en el país; años más tarde, la migración hacia Estados Unidos contribuyó a la persistencia del campesinado mexicano. Cabe resaltar que el factor que esclarece por qué las familias siguen involucradas en actividades agrícolas es el acceso a la posesión de la tierra, ya sea ejido o pequeña propiedad.

En una escala más operativa, las autoras utilizan el Módulo de Agricultura periodo 1991-2003 disponible dentro del esquema de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE), el cual permite conocer la actividad económica de la persona tomando como referencia los últimos seis meses. Lo anterior revela que en 2003 hubo 1.5 millones de trabajadores adicionales en el sector agrícola, por lo tanto es evidente la subestimación en el mundo de estos trabajadores. Asimismo, dicho módulo faculta la caracterización del tipo de hogares rurales según el papel del campesinado, el análisis de las

condiciones de pobreza y su relación con determinadas actividades. Con respecto a los hogares, se clasifican en seis categorías: campesinos, agrícolas (capitalistas), proletarios agrícolas, no proletarios agrícolas, proletarios mixtos y de personas no involucradas en actividades económicas.

Dentro del capítulo 7, Enrique Leff se centra en explicar la persistencia del campesinado como forma de producción porque es funcional a la agricultura capitalista, así como a tradiciones y prácticas culturales, entre otros. El autor recurre a una perspectiva ecomarxista y otras propuestas desde la ecología política y la racionalidad medioambientalista. Argumenta que la pobreza del campesinado no se extiende por completo debido a su interdependencia funcional con el modo de producción capitalista o por diferencias en rentas, sino por «el proceso histórico de degradación entrópica de su medio ambiente y sus medios de subsistencia». En consecuencia, puntualiza que la teoría del valor de Marx falla porque no valora la naturaleza, de manera que ésta no puede determinar el valor o la plusvalía.

Incluso, comenta que la óptica ecomarxista ha abandonado el intento de reconstruir una teoría del valor del trabajo que considere la contribución de la naturaleza en los procesos del valor y de asignación de precios. Por ende, es indispensable la deconstrucción de la racionalidad económica y la construcción de «otra racionalidad económica productiva». La persistencia del campesinado, desde un aspecto ecológico, constituye una lucha; es decir, conflictos por el territorio, puesto que no sólo se trata de la apropiación de tierra y recursos naturales, sino de modos de producción, patrones de construcción y formas de territorialidad.

Elma Montaña, en el capítulo 8, presenta la situación del campesinado, de pequeños terratenientes y agricultores, con relación al agua, en

el contexto del cambio climático, especialmente hidrológico. Estudia la subordinación de estas poblaciones en tres cuencas hídricas: el río Mendoza, ubicado en área centro-oeste de Argentina; el río Pucara en Cochabamba, Bolivia; y el río Elqui en Coquimbo, Chile. De su análisis se desprende que, en general, campesinos, pequeños agricultores y terratenientes sufren de segregación, que aumenta en épocas de sequía. En efecto «el agua fluye hacia arriba, hacia el dinero», situación que perpetúa los espirales de pobreza, derivado del contexto institucional, el uso del agua y la manera en que se integran en los mercados. Los campesinados chileno y argentino viven en realidades complejas, en las que entre menos rieguen, menos ganan y más pobres son, y con ello, cuentan con menos posibilidades de hacer un uso eficiente del agua. En Mendoza la oferta de agua para irrigar es proporcional al total de tierra, sin importar el tipo de cultivo; esto es, el agua es inherente con la tierra y no se puede utilizar en otras granjas. Montaña manifiesta que el mercado del agua se añade al de la tierra y al laboral, lo que combina fuerzas asimétricas que se tornan en contra de los intereses del pequeño campesinado. Así, la pobreza se asocia con la escasez de agua y sus afectaciones en usos domésticos y producción de comida, en especial en economías de subsistencia. Finalmente, propone una serie de estrategias y soluciones para que exista una mejor forma de enfrentar la escasez y distribución del recurso hídrico.

En el capítulo 9, Kostas Vergopoulos plantea que en años recientes, y sobre todo después de la burbuja financiera inmobiliaria de 2008, ha surgido una burbuja financiera en los alimentos. Los únicos que no admiten la existencia de dicha «burbuja alimentaria» son los corredores financieros en los mercados alimentarios de Wall Street. Se afirma que la financierización de los agroalimentos crea mayores problemas para el capitalismo

que soluciones. Muestra de ello es que en los 1990 el producto financiero de derivados, el Goldman Sachs Commodity Index (GSCI) incluía los precios de 24 bienes primarios: metales preciosos, productos energéticos, café, ganado, maíz, productos de soya y trigo. En 1999, los reguladores abrieron instrumentos financieros a operadores financieros externos y contratos de futuros, los cuales reportaron ganancias por 13 billones de dólares estadounidenses en 2003. Algunas de las consecuencias, aunado a la inestabilidad y a la volatilidad de los precios de los alimentos, fueron el rápido crecimiento de las poblaciones con hambre alrededor del mundo, estimadas en 250 millones de personas en 2012, y más de 1 billón de habitantes que padecen inseguridad alimentaria. Por tanto, el problema recae en reducir formas de producción capitalista y promover maneras no capitalistas para evitar pagar beneficios y rentas de la tierra en el nivel sistémico.

Farshad A. Araghi muestra el tránsito del Estado de bienestar agrario moderno hacia los movimientos globales de campesinos en el capítulo 10. Complementariamente conceptualiza la «privatización del desarrollo» basada en la privatización de las ventajas de las corporaciones agroalimentarias; el colonialismo o «régimen de bienestar agrario» del siglo XIX, el cual se caracterizó por el fortalecimiento de esquemas raciales y de creación de fuerza de trabajo forzada, enfocada a la exportación de las colonias hacia los centros industriales. Los resultados fueron la disminución del campesinado y su proletarización y urbanización en los centros industriales; mientras que se incrementó la ruralización y la sobreexplotación de la mano de obra forzada en las colonias.

La etapa del desarrollismo nacional fue marcada por la Revolución rusa de 1917 y la Revolución vietnamita de 1975. Una de las características de esta etapa fue el reparto agrario, que bajo la ideología estadounidense

buscaba la creación de granjas familiares no colectivas. Tales políticas agrarias, en concreto en el tercer mundo, transformaron las relaciones terrateniente-campesino y condujeron a la proliferación de unidades agrícolas de tamaño familiar cercanas a la subsistencia. Por otro lado, entre 1945 y 1972 se dio un auge agrícola en Estados Unidos, cuyos excedentes deprimieron los precios y ocasionó que países del tercer mundo elevaran sus importaciones de comida. El efecto fue la disminución del campesinado y la dependencia en alimentos. La década de 1970 inicia con la era de la globalización y la privatización del Estado de bienestar agrícola, descrito en el término «régimen alimentario cerrado».

Al respecto, Araghi subraya dos elementos clave: el desmantelamiento de la división del trabajo poscolonial, con eje central en el desarrollismo nacional y la reorganización de la producción mundial, y las relaciones de intercambio con base en vínculos globales de valor. Las nuevas relaciones comerciales son asimétricas, con beneficios hacia las compañías transnacionales agrícolas, cuya característica principal es sobreproducir, con ayuda de los subsidios de los países industrializados, y con ello sellar los nexos globales entre Sur y Norte. Concluye al mencionar que la privatización del desarrollo y su Estado de bienestar ha creado millones de migrantes y personas pobres.

David Barkin y Blanca Lemus, en el capítulo 11, plantean la necesidad de repensar si el producto interno bruto (PIB) es un mejor indicador que el producto interno de felicidad (PIF). Este último calcula la riqueza de los países al evaluar el bienestar de sus ciudadanos, esto es, su felicidad; medir sonrisas y no posesiones materiales. Utilizan los conceptos de «decrecimiento», Buen Vivir y *Sumak Kawsay*, el cual reconoce los derechos de la naturaleza y una nueva compleja ciudadanía que acepta los compromisos sociales y ambientales.

En contigua tesis, proponen la necesidad de repensar el análisis social con la incorporación de ideas proporcionadas por varios autores, a la vez que sugieren volver a la «comunalidad» que requiere de cuatro rasgos: *a)* una democracia directa o participativa, *b)* la organización del trabajo comunitario, *c)* la posesión o control comunal de la tierra, *d)* una cosmología común, que incluya la noción de la tierra como madre (Pachamama) y el respeto del liderazgo comunal. De manera provocadora, advierten que lo que aparece como «pobreza» en muchas sociedades rurales se trata más bien del resultado de elecciones deliberadas hechas por sus miembros para moldear o reformar sus comunidades según ciertos principios, enfocándose en la satisfacción de sus necesidades a fin de asegurar efectivamente gobernarse a sí mismos e impulsar su autonomía. También enuncian alternativas para conseguir una mejor calidad de vida, aunque esto no involucre un mayor consumo.

El libro es, en sí mismo, un referente para adentrarse en el tema de la relación que subyace entre la persistencia del campesinado y su condición de pobreza. Como se mencionó con anterioridad, cada capítulo ofrece una perspectiva coherente y desafiante acerca del estudio de dicho vínculo y, por tanto, cuáles deberían ser las aproximaciones teóricas y las soluciones.